

## Por el recto camino del saber

Por Manuel Castaño



Salvador Oliva (Banyoles, 1942) ha reunido en un volumen (*Poesies reunides*, Edicions 62) todos sus libros escritos en verso, pero su aportación a la literatura catalana va mucho más allá. Se podría decir que es un maestro de la continuidad. En el aspecto académico, habiendo coincidido en sus años de formación universitaria con personajes de la talla de José M. Valverde, Antoni Comas y Gabriel

Ferrater, supo transmitir luego a sus alumnos en la Universidad de Gerona, durante cuatro décadas, el gusto por la buena literatura y el interés por el oficio poético, enseñándoles a «andar por el camino recto del saber» —la expresión es suya—. Y en un tiempo en que el estudio de la métrica catalana era prácticamente inexistente, sus ensayos lo hicieron posible. Por encargo de la televisión pública TV3, en los años 80, emprende la traducción de todo el teatro de Shakespeare, a la que se sumó más adelante la de los Sonetos, siempre en verso. Y también ha traducido textos de autores tan variados como W.H. Auden, Dylan Thomas y Lewis Carroll.

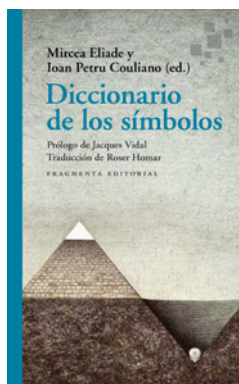
Su primer libro fue *Marees del desig* (1975), al que siguió *Terres perdudes* (1981); más que ahora, debieron de sorprender entonces por su dicción clara y su dominio del verso, y por su apuesta por la poesía de la experiencia en tiempos aún de realismo social trasnochado y torpes experimentos posvanguardistas. A este primer frente, digamos lírico, se unió pronto el satírico, continuador de la fecunda tradición humorística y de denuncia que existía en las letras catalanas. Oliva se ha complacido en censurar a colegas de universidad, escritores y políticos cuyas limitaciones intelectuales o defectos morales considera que les hacen acreedores de un retrato para la posteridad; muchas veces sin nombrarlos pero fácilmente identificables, como esa «nena gran vestida de nena *petita*» que «*diu que llegeix molt, i en farda, / pro no hi entén ni un borrall*», es decir Laura Borràs. La lista de damnificados es larga y explica en parte la reticencia con que ve al poeta una sociedad demasiado inclinada a la unanimidad y a la autocomplacencia.

Un tercer frente es el de la narrativa en verso, con varias epístolas y especialmente la novela *Fugitius* (1994), que ocupa una tercera parte de este volumen: son 396 estrofas rimadas de 14 versos eneasílabos cada una. Centrada en los años de la transición, cuenta las complicadas relaciones íntimas de un grupo de amigos y refleja el ambiente universitario y las inquietudes políticas del momento. A primera vista es una crónica del desencanto, pero trascendiendo la anécdota refleja también el constante choque contra la realidad de las ilusiones excesivas de la juventud. Si el lector supera el temor a la complejidad formal y se deja llevar por el relato, como en cualquier novela,

descubrirá cómo el autor sabe mantener el tono y el interés por la historia. Formalmente, la hazaña no tiene parangón en estos lares, y sorprende que no haya recibido la atención crítica que merece. Una nueva oportunidad hay ahora, junto con el resto de sus versos, en esta compilación de cerca de medio siglo de trabajo poético. •

## La búsqueda del sentido

Por Jesús Aguado



El ser humano no se conforma con lo que es. Sabe, aunque sea de manera instintiva, que está religado, que forma parte de un todo, que es una pieza dentro de un conjunto que tiene que aprender a interpretar para conocer y conocerse mejor. Los símbolos, que atraviesan las culturas y los distintos modelos de civilización incólumes, son el puente y el haz de luz y el engrudo entre lo que somos sin más y lo que somos para ser más. Los símbolos,

bien entendidos y bien usados, nos ayudan a encontrarle sentido a la vida, es decir, a situar el sentido en el centro de la existencia. Los contemporáneos occidentales hemos olvidado este saber ancestral, y por eso los poetas y artistas en general son marginados de los discursos y las prácticas oficiales mientras las pseudoterapias y las adulteraciones de los múltiples caminos espirituales se adueñan del inconsciente colectivo banalizándolo y entristeciéndolo. Mircea Eliade, que cumplió una polifacética carrera de historiador de las religiones y de novelista, y su discípulo Ioan Petru Couliano, asesinado joven cuando desarrollaba la suya en el campus de la universidad norteamericana donde se desempeñaba como docente (quien quiera saber más puede leer el fascinante libro de Ted Anton titulado *El caso del profesor Culianu*, en Siruela), coordinaron los 16 volúmenes de *The encyclopedia of religion* de donde se ha extraído esta antología: *Diccionario de los símbolos*, traducido por Roser Homar para Fragmenta con un magnífico prólogo de Jacques Vidal.

El símbolo como apertura, alianza, misterio, contemplación, imagen primordial o arquetipo desarrollado en una serie de voces o entradas a cargo de los más prestigiosos especialistas: desde el agua hasta el vuelo pasando por el árbol, la bendición, los búhos, las cenizas, la derecha y la izquierda, la duplicidad, el elixir, los erizos, el esputo, los huesos, las lágrimas, la levadura, el muchacho, la peregrinación, los pies, las redes, la sal, las señales y alteraciones corporales, las tortugas o los votos y juramentos (por citar sólo un puñado de ellas). El resultado es espectacular. Uno, que ha frecuentado los diccionarios de símbolos de Jean Chevalier y Alain Gheerbrant (Herder) y el de Juan Eduardo Cirlot (Siruela), ambos completísimos, no deja de maravillarse de la cantidad de intuiciones y datos novedosos que aporta este de Eliade y Couliano. Un instrumento para seguir pidiéndole a los símbolos, los que atraviesan nuestra alma y los que se nos imponen desde fuera de nosotros, respuestas y vínculos, epifanías y explicaciones, aclaraciones y caminos. Y para viajar en el tiempo, ya que estos saberes que hoy nos parecen tan extraños fueron el eje vertebrador del mundo durante milenios. •